

CONFERENCIA XX

LA VIDA SOBRENATURAL

1. **Es difícil responder á la cuestión: ¿Qué es la vida? y raras veces se responde de un modo justo.**—Los poetas saben cantar admirablemente todas las cosas. Tienen una colección inagotable de poemas sobre cada flor y cada árbol. El zarzal, la víbora y el sapo mismos han tenido sus cantores. Sólo hay una criatura de la cual los poetas y los pensadores han dicho más mal que bien, el hombre.

Sin duda que no es posible aplaudirlos cuando hablan de él con tanta amargura y burla, pero, por lo menos, aprende uno á comprender cómo han llegado á tal desdén, cuando se observa atentamente la vida de la mayor parte de ellos.

Palabras fuertes, terribles, son las que vemos escritas en la Biblia: «El hombre perece como el animal; ambos comparten la misma suerte»; ⁽¹⁾ pero desgraciadamente, hay muchos de ellos que la justifican en cierto sentido. Los unos se consumen, y mueren estúpidamente, bajo el peso del trabajo; los otros no tienen más que un pensamiento, el de que no hay nada mejor bajo el sol que comer, beber y obrar con entera libertad, pues esto es lo único que resta al hombre en medio de las miserias de que está llena esta vida. ⁽²⁾ Sólo una pequeña parte de la humanidad se eleva por encima de este bajo modo de obrar, y comprende que, correr tras el orgullo y atesorar los bienes de la tierra, no merece llamarse vida. Lánzanse entonces con avidez á la ciencia y á la literatura, á menudo con un celo

(1) Eccl., III, 19.

(2) Eccl., VIII, 15.

tal, que olvidan el mundo real y sus propias necesidades. Ciertamente, es esto algo más noble que las ocupaciones precedentes; pero ¿consiste en ello el fin de la vida? ¿llena esto la vida? Y aunque uno pueda decir de sí, como el sabio de antaño: «He inquirido lo nuevo, he intentado profundizar todo lo que hay debajo del sol», ⁽¹⁾ ¿podrá decir que ha vencido? No tenemos necesidad de responder nosotros mismos; el mismo sabio que describe su vida, nos informa de lo que sacará de ello: «Es la más penosa de todas las ocupaciones que haya dado Dios á los hijos de los hombres.» ⁽²⁾

Después de haber examinado, en sí mismo y en su prójimo, las diferentes ocupaciones en que de ordinario se emplea el tiempo de la existencia humana, acaba Salomón por formular el juicio siguiente, á saber, que necesita el hombre inquirir lo que está por encima de él, ya que ignora aún lo que le es ventajoso durante los días de su peregrinación en la tierra. ⁽³⁾

Este juicio es duro; pero el espíritu más profundo y el más experimentado conocedor del mundo es el que nos asegura aquí que la mayor parte de los hombres no comprenden lo que, propiamente hablando, significa vivir.

2. **La vida como actividad.**—Y de hecho, no es tan fácil responder exactamente á estas preguntas: ¿Qué es la vida? ¿qué es un ser viviente? El agua que se corrompe en los pantanos nos parece muerta, y llamamos viva á la que brota de las fuentes. Todas las lenguas han dado al mercurio el nombre de *azogue*. El francés llama *vivo* al aire que pica, al frío penetrante. Una casa, en la que no se oye ruido alguno, se llama *muerta*; si todo en ella se pone en movimiento, decimos que está llena de vida. Calificamos de *muerte* á la oscuridad de la noche, al frío del invierno. Un hombre, al que nada puede calentar, un hombre, al que con ninguna excitación podemos obligar á que mar-

(1) Eccl., I, 13.

(2) *Ibid.*, I, 13.

(3) *Ibid.*, VII, 1.

che con mayor rapidez, nos irrita, porque, según la expresión admitida, nada hay que hacer con un hombre *muerto*. Por lo contrario, nos aterrarnos cuando sentimos la vivacidad de nuestros nervios, y nos declaramos culpables, cuando, tras una ofensa recibida, en una tentación, se despierta de repente nuestra sangre y se convierte en viva.

Esto nos muestra suficientemente lo que es la vida y lo que pertenece á la vida. Lo que exigimos en primer lugar, exteriormente, para que la vida prospere, es la luz. Ninguna vida digna de este nombre puede desarrollarse en la oscuridad; apenas puede hacerlo una vida pálida, lánguida, miserable. Interiormente, el calor es para nosotros el signo de una verdadera vida. La tibia brisa de la primavera engendra inmediatamente en nuestro corazón la esperanza de un mundo nuevo que florece. Mientras la mano cree descubrir todavía una sombra de calor en el cuerpo, que empieza á ponerse rígido, de los que nos son queridos, no perdemos la esperanza de que todavía hay vida en ellos; pero cuando oímos que se escapa de su pecho un ligero suspiro, nuestra confianza se cambia en certeza. Así, pues, la luz es la condición primera de la vida, el calor su nota característica, ó, por lo menos, el signo de una vida más desarrollada, y la voz la prueba de una fuerza que obra por sí misma. Cuando el niño saluda al mundo lanzando un grito, vemos en ello el signo de que está lleno de vida. Sin duda, la voz no es para nosotros más que un signo de la vida y un precursor de otras manifestaciones más poderosas de la vida; pero, sea de ello lo que se quiera, este primer efecto sobre el mundo externo nos atestigua que existe en él la vida. Por consiguiente, la vida es la actividad propia de un ser, es decir, el movimiento que procede de él mismo, del interior.

Por consiguiente, sólo es vivo lo que tiene movimiento propio, ó, por lo menos, lo que es capaz de moverse á sí mismo, ó de manifestar una actividad. ⁽¹⁾

(1) Plato, *Leg.*, 10, p. 895, c. Bernard., *Gratia et lib. arb.*, 2, 3. Thomas, 1, q. 18, a. 1, 2.

3. La vida digna del hombre, natural, como actividad intelectual y moral.—Por consiguiente, por las palabras *vida humana, ó vida digna del hombre*, no podemos comprender otra cosa que el movimiento y la actividad. Para que podamos decir de alguien que vive como hombre, ¿será preciso que vaya de un lado á otro, de distracción en distracción? Ó bien, ¿es qué la vida humana consiste en que, desde el primero hasta el último día del año, ponga en movimiento, sin un minuto de reposo, sin un día de descanso, sin un pensamiento más elevado, la máquina de sus fuerzas físicas, hasta que se descomponga? ¿Quién admitirá esto? Esta vida puede ser buena para el pájaro, que revolotea sin pensar en nada, y para la bestia de carga agobiada de fardos; pero el hombre, si quiere llevar una vida conveniente, debe desplegar una actividad más elevada.

Para esto lo destinó Dios, al dotarle de inteligencia, por cuyo medio puede elevarse, por sobre todas las criaturas terrestres, hasta la vecindad de Dios. ¿Para qué, pues, vive el hombre que no se eleva, por encima de las cosas terrestres, hasta las espirituales? ⁽¹⁾ En el animal, una actividad sensible, ver, sentir, gozar, basta para que digamos que vive según su naturaleza; pero esto no es suficiente para el hombre. Como ser dotado de inteligencia, debe ante todo añadir, á la actividad física y sensible, la actividad intelectual. Sólo es viviente de nombre, si no se eleva por encima de las criaturas privadas de razón, con un ejercicio intelectual que responda á su naturaleza. ⁽²⁾

Pero el hombre no sólo está dotado de razón, sino también de voluntad libre. No basta, pues, que dé pruebas de ser un ser pensante, sino que debe probar también que posee una naturaleza moral. Dios no lo ha dotado de razón más que para que ennoblezca su corazón y su voluntad según la ley divina. Sólo con esta especie de actividad, realiza su misión. Si no trabaja en su ennoblecimiento mo-

(1) Cf. Aristot., *Part. animal.*, 4, 10.

(2) Aristot., *Mor.*, 9, 9, 7.

ral, todas sus facultades intelectuales y su existencia entera son inútiles.

Así, pues, no nos cansaremos de repetir: Si uno quiere vivir de un modo digno del hombre, debe ante todo consagrarse á la perfección del corazón. Llenar la inteligencia de una ciencia muerta, no es, ni con mucho, la verdad y la vida. Es ciertamente una vida más elevada la que se consagra al culto de la ciencia; pero no es la vida que constituye nuestra verdadera empresa. Si sólo en esto consistiese la actividad humana digna del hombre, la mayor parte de la humanidad debería considerarse como condenada, desde su nacimiento, á una existencia indigna del hombre.

Sí, estamos dispuestos á apreciar en mucho los esfuerzos científicos; consideramos como muy hermoso el destino de aquél que puede consagrar su vida entera á las bellas artes y al estudio; pero no podemos negar que el fin de la vida es incomparablemente más elevado y más universal. Así, la empresa del hombre es tan elevada y tan vasta, que aun aquél que siempre ha vivido para la ciencia—siquiera sea ésta la más elevada, la de las cosas divinas,—no ha respondido á su existencia, porque es una vida incompleta.

Ha vivido, pues, inútilmente. Y aunque supiese uno discurrir con Salomón sobre los árboles, desde el cedro del Líbano hasta el hisopo que crece en las murallas, sobre los animales, los pájaros y los peces; ⁽¹⁾ aunque supiese trazar sus vías á los más lejanos cometas, y los países más lejanos se admirasen de sus discursos y soluciones; ⁽²⁾ aunque poseyese todas las lenguas y fuese capaz de escribir libros sobre la historia de la civilización de los tiempos antiguos y modernos, todo ello sería demasiado estrecho y pequeño, ya que todo ello no es más que un trabajo exclusivamente para la cabeza, en tanto que el corazón permanece vacío, y con demasiada frecuencia, por desgracia, se

(1) III Reg., IV, 33.

(2) Eccli., XLVII, 17 y sig.

arruina lamentablemente, á consecuencia de estas ocupaciones. Mas lo que hay de peor es que toda esa actividad y sabiduría se limita á las criaturas, al mundo sensible, y no va más allá de los estrechos límites de esta corta vida. Ahora bien, la vida del hombre durará eternamente, y el espíritu continuará viviendo, aun después de traspasar los límites de este pequeño mundo visible. ¿Qué ocurrirá, pues, si uno no extiende su actividad á ese mundo que el simple ojo no ve, ni puede tocar la mano, si uno no ha vivido aquí bajo para ese mundo, que será su patria eterna y verdadera? Pues que dejará todo lo que haya hecho y todo lo que haya sido aquí bajo, todo lo que ha compuesto su vida, á las puertas de la eternidad, y entrará en el otro mundo para vivir en él eternamente, sin haber aprendido á tiempo á vivir en él. Entonces verá su existencia separada por un abismo que nadie puede franquear, ni hacia adelante, ni hacia atrás, en dos partes desiguales, de las cuales, la una, corta, ha sido una vida incompleta, en tanto que la otra, sin fin, será una continuación sin vida, y, por consiguiente, una muerte eterna.

¡Pobre hombre perdido! Entonces verás claramente que la vida digna del hombre no es una vida para fines pasajeros, terrestres, y de corta duración, sino para Aquél que es nuestro primer principio y nuestro último fin; una vida que nos oriente hacia nuestro destino eterno, la única vida en que el hombre completo encuentra su perfección, y, felizmente también, una vida que todos pueden llevar con sólo quererlo.

4. Base de la vida sobrenatural.—Pero nótese bien que, hasta el presente, hemos hablado exclusivamente de la obligación de vivir según nuestra naturaleza y de la empresa que debemos realizar como hombres.

Es un gran error, muy extendido por desgracia, el creer que, desde que se habla de Dios, de religión, de vida eterna, se trata de cuestiones sobrenaturales que miran al cristiano y no al hombre. No; son estas cuestiones puramente naturales, para cuya solución no necesita el hombre ni de

Jesucristo ni de la Revelación, ya que la razón y la conciencia le ilustran suficientemente sobre esta materia. ⁽¹⁾

Pero, por encima de ellas, hay un campo más vasto que no conoceríamos sin la Revelación; tal es el dominio de la vida sobrenatural. La vida intelectual natural difiere tanto de ella, como la vida sensitiva, que los animales poseen igualmente, difiere de la primera. El alma que mora en nosotros es la causa de que tengamos una vida humana; pero Dios, viviendo en nosotros, es el principio de la vida sobrenatural. ⁽²⁾ La base de la vida natural es la inteligencia creada por Dios, con las potencias que posee; la base de la vida sobrenatural es la gracia difundida en nosotros, la participación en la naturaleza divina, ⁽³⁾ la elevación á la adopción de hijos de Dios, ⁽⁴⁾ con todos los dones que son su consecuencia. La empresa de nuestra vida natural consiste en cumplir la ley impresa en nuestra conciencia, por modo tal, que podamos mirar con calma nuestra responsabilidad ante Dios y nuestro porvenir eterno; la empresa de vida sobrenatural consiste en que, con la ayuda de la gracia, honremos nuestra dignidad de hijos adoptivos de Dios, y que, como coherederos de su Hijo, nos hagamos igualmente dignos de poseer el reino eterno que nos ha preparado.

Á este fin, Dios ha puesto en nuestra alma una base nueva, dotándola además de dones soberanamente perfectos. Esta base es la gracia santificante, que transforma, ennoblece y eleva al alma. En el mismo grado en que el alma racional es superior al alma animal, lo es también, sobre sí misma, y aun mucho más, el alma que participa de la gracia; es tan elevada, que la expresión «participación de la naturaleza divina», debe ser tomada al pie de la letra. ⁽⁵⁾

Los dones que acompañan á la gracia, son de dos especies, como las potencias del alma. Á la facultad de pensar

(1) Cf. tom. I, *conf.* 2, 9. Tom. II, *conf.* 24.

(2) Joan., XIV, 23. II Cor., VI, 16.—(3) II Petr., I, 4.

(4) Rom., VIII, 17. I Joan., III, 1.

(5) Thomas, 1, 2, q. 110, a. 3; 3, q. 2, a. 10, ad 1; q. 3, a. 4, ad 3. Scheeben-Weiss, *Herrlichk. d. Gnade*, (6) 35 y sig., 43, 59 y sig.

responde la iluminación por el Espíritu Santo, ó la infusión de la luz de la fe. La facultad natural de querer está perfeccionada de un modo sobrenatural por las aptitudes infusas para practicar las virtudes que convienen á un hijo de Dios. ⁽¹⁾

De este modo, hállase equipado el hombre para realizar su nueva empresa, de la misma manera que lo está por la creación para realizar su destino natural. Así, pues, á él corresponde hacer buen uso de sus dones sobrenaturales, en otros términos, de llevar una vida sobrenatural.

No sin razón decimos: «llevar una vida sobrenatural», ya que tener vida y saber vivir son dos cosas completamente diferentes. El niño que acaba de nacer está en posesión de la vida; pero sólo lleva una vida conforme á sus disposiciones el que emplea éstas libremente y como debe hacerlo. Del mismo modo, no basta que hayamos recibido la vida sobrenatural por la gracia de Dios, sino que debemos fortalecerla y hacerla fecunda con nuestra propia cooperación libre. No hemos recibido los dones de Dios para enterrarlos, sino para hacerlos fructificar del mejor modo posible; no para dejar que se seque la simiente que ha arrojado en nosotros, sino para plantarla y hacerla crecer.

5. Conservación de la vida sobrenatural.—Primera-mente, tenemos obligación de conservar este don de la vida sobrenatural. Nadie tiene derecho á disponer á su antojo de un bien que debe, no á sí mismo, sino á un favor extraño. Nadie puede disponer como le parezca, ni siquiera de esta vida corporal mortal que hemos recibido de la sangre y de la voluntad de la carne. ¿Con cuánta mayor razón, pues, debe uno tener obligaciones para con una vida que Dios le ha conquistado al precio de su sangre, para con una vida que es una participación de la vida misma de Dios? «Porque ninguno de nosotros para sí vive, y ninguno para sí muere, porque, si vivimos, para el Señor vi-

(1) Thomas, 1, 2, q. 63, a. 3.

vimos, y si morimos, para el Señor morimos.» ⁽¹⁾ El sarmiento que muere, es perdido para la cepa que le daba la vida; ahora bien, el Señor es la cepa de nuestra verdadera vida. ⁽²⁾ Convertidos en participantes de la naturaleza divina, ⁽³⁾ en el momento en que Dios nos elevó por su gracia á su propia vida, perdemos, al perderla, no ya la vida humana y terrestre, sino una vida mucho más preciosa, la vida divina. La gracia de Dios es el mayor tesoro que podemos poseer en la tierra; la mayor pérdida que podemos experimentar, es la de la vida sobrenatural.

Pero, al propio tiempo, es ella una vida excesivamente delicada. Cuanto más perfecta es una vida, más peligro corre. Entre los animalillos helados sobre un témpano, hay algunos que, expuestos á un calor ardiente, conservan su vida con increíble tenacidad, aunque sean mutilados, cortados, desgarrados. ⁽⁴⁾ Por lo contrario, poco se necesita, una ligera sacudida, una caída insignificante, para acabar con una vida humana, por cuya salud sacrificaríamos de buen grado todo un mundo. ¡Qué de extraño, pues, que el precioso tesoro de la vida sobrenatural, que llevamos en frágiles vasos, ⁽⁵⁾ esté expuesto á tan numerosos peligros? De aquí que sea siempre poca nuestra vigilancia y nuestra circunspección con relación á ella, de aquí que no podamos ponernos con suficiente solicitud bajo la protección de Aquél que nos la ha dado.

La sabiduría del Creador ha dispuesto las cosas de tal suerte, que la madre protege la vida de su hijo con peligro de su propia vida; que ella vive de esta vida, en tanto que aquél no es capaz de vivir de su propia vida, ni es suficientemente fuerte para defenderse de los peligros. Bajo esta guardia tutelar, él crece y prospera, aun que sea muy débil por sí mismo. Del mismo modo, la vida

(1) Rom., VI, 10; XIV, 7 y sig.

(2) Joan., XV, 1. Augustin., *S.* 62, 2; 65, 3; 156, 6; 161, 6; 180, 3; 212, 1; 297, 8 etc... Bernard., *In Psalm.*, XC, 10, 4.

(3) II Petr., 1, 4.

(4) Autenrieth, *Ansichten über Natur und Seelenleben*, 18 y sig., 265 y s. Theophrast., *Fragm.* 171, 8 y sig.—(5) II Cor., IV, 7.

sobrenatural encuentra en Dios su mayor seguridad, hasta que hayamos abandonado esta vida mortal, y evitado los peligros de los numerosos enemigos que nos acechan, y llegado á nuestro último destino en la patria celestial, y alcanzado en Jesucristo la medida completa de nuestro desenvolvimiento. ⁽¹⁾ Entonces, la vida sobrenatural, antes oculta á los sentidos, se manifestará á la faz del mundo entero, en la transfiguración del espíritu, y finalmente, después de la resurrección, en la transfiguración del cuerpo. ⁽²⁾ Pero hasta entonces, todo depende de que permanezcamos ocultos en Dios por la humildad, la huída del mundo y la vida interna. Con ello nos será fácil conservar esta vida, que es una manifestación de Dios. El mejor medio para conservar una cosa consiste en mantenerla en el ambiente en que ha nacido. Ahora bien, si uno pasa del seno de Dios al mundo, sea por impaciencia, sea por confianza en lo que él llama su independencia, sin motivo que le obligue á hacerlo, su vida está seguramente más perdida que la del pajarillo aturdido, á quien el abrigo del nido ha parecido demasiado pronto una prisión indigna. ⁽³⁾

6. Aumento de la vida sobrenatural.—Pero sería una ilusión funesta el creer que Dios, porque ha plantado el árbol de la vida sobrenatural, tendrá cuidado de que fructifique sin nuestra propia cooperación. ¿Acaso el Señor de la viña no ha plantado la higuera para amenazarle con arrancarla, después que, durante tres años, haya en vano buscado frutos en ella? ⁽⁴⁾ Así, pues, un juicio de reprobación ha sido proclamado contra todo el que no dé frutos, y excelentes frutos. ⁽⁵⁾ Pero nadie dará frutos, hasta que la savia vital, resultante de su unión con la gracia de Dios, corra en él. Si ésta no obra al mismo tiempo que nosotros, si, todavía más, no constituye la fuerza propia-

(1) Ephes., IV, 13.

(2) II Corinth., IV, 10.

(3) Cf. Is., XVI, 2.

(4) Luc., XIII, 6 y sig.

(5) Matth., III, 10; VII, 19.